



ACADEMIA NACIONAL
DE LETRAS

Elogio de Jorge Arbeleche con motivo de su ingreso a la Academia Nacional de Letras

Sr. Presidente de la Academia Nacional de Letras
Señores académicos
Autoridades de la enseñanza
Señores profesores
Señoras y señores:

La Academia Nacional de Letras del Uruguay recibe hoy, en esta ceremonia tan cálida y afectiva, a un nuevo integrante. La constitución de este organismo de cultura requiere la presencia de gente que abarque actividades diversas y que reúna, entre otros, el requisito de ser representativa en el sector al cual pertenece y en cual se desempeña. Quienes conocen la Academia saben que en ella hay un abanico de profesionales que van de las letras y la educación a las ciencias y las artes, y que todos, formando un conjunto coherente, bregan en beneficio de la lengua materna, con el aporte individual de que son capaces por la índole de su profesión.

Pues bien: faltaba un poeta. Si bien algunos académicos han recorrido el difícil camino de a expresión lírica no lo han hecho como cosa fundamental en su vida, sino como manifestación de estados emocionales que todo ser humano experimenta y tiende a expresar por la palabra, el color, el sonido, la forma. El poeta, pues, no estaba presente. Por fortuna, la llegada de Jorge Arbeleche llena el hueco tan largamente mantenido y permite decir, ahora sí, que la Academia Nacional de Letras ha completado sus cuadros con un representante fiel, digno y reconocido por sus pares. Arbeleche es el poeta. Lo es a través de su obra, considerable y valiosa; de su trabajo en el aula como profesor e inspector de Literatura; de su transitar por tierras cercanas y lejanas en representación directa de la cultura del país y siempre en representación clara de la poesía o mejor aún, (y aquí falta la imagen ilustradora) de la Poesía, con mayúscula.

Jorge Arbeleche, a partir del momento de su designación como académico de número, pasó a dar lustre a este organismo, y el tiempo, que todo lo aclara y explica, mostrará que no hubo error porque no podía haber, cuando se decidió por gran mayoría que integrara las filas de esta corporación.

Frente a la mesa de la Academia resplandeció la obra de Arbeleche, quien, por medio de *Sangre a la luz*, *Los ángeles oscuros*, *La casa de la piedra negra*, entre otras obras, mostró la calidad, la sencillez, la tersura, el regusto por el decir de su lirismo. Sobre sus espaldas los nombres ilustres de Rubén Darío, Juana de Ibarbourou, Pablo Neruda y Antonio Machado, por citar los cuatro primeros que vienen a la memoria, no hicieron más que acicatear para conquistar alturas, las suyas propias (pese a las inevitables y necesarias influencias), alturas que no pueden ni deben dar pie para compararlo con nadie, por ser individualmente intransferibles, ser el alma y el corazón del autor.

Así se ve cuando expresa mínimamente pero con profunda penetración y trascendencia:

*Y de pronto es la muerte
sentada
entre nosotros,
mirándonos.*

O cuando dice, quizás con nostalgia, quizá con pena pero sí con fervor:

*Llueve Señor
sobre la tarde abierta
abierta*



ACADEMIA NACIONAL
DE LETRAS

*sin remedio
para siempre
toda llena de lluvia
bostezo de la tarde
bajo la lluvia ciega.*

*Cuando se entibie el aire
la tarde
será vieja.*

Pero el poeta también ahonda en el mundo de sus antecesores y contemporáneos líricos y da a la imprenta libros como *Responsabilidad de la poesía*, de reciente aparición, el cual contiene el estudio detenido de ocho poetas no por muy conocidos menos respetados.

Sea la poesía “esa cosa liviana, alada y sagrada”, como decía Platón, sea “la necesidad de absoluto”, como decía Roberto Ibáñez o sea algo que “nadie puede definir”, como asegura Jorge Arbeleche la dilucidación de este misterio será materia para los entendidos estudiosos del discurso lírico, y este último libro, *Responsabilidad de la poesía*, deja bien abiertas las puertas para quien quiere entrar de lleno en consideraciones críticas y personales sobre el poeta.

Estas dos vertientes de Arbeleche, la creadora y la valorizadora, constituyen el pivote alrededor del que gira toda su vida. Lo envuelven como manto sagrado vaya a donde vaya y le han significado traducción al inglés, al francés, al italiano y al ruso, así como su participación en congresos, seminarios y jornadas de estudio en Argentina, los EE.UU, Méjico y Francia, principalmente.

Y, si de premios se trata, tampoco faltan. Ahí están los galardones otorgados por la embajada de España en el Uruguay, por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, por la revista “Plural” de Méjico, y, en 1991, por nuestra Academia.

Público presente: Ustedes vinieron a escuchar y aplaudir al flamante académico Jorge Arbeleche, ocupante del sillón “Julio Herrera y Reissig”, premonitorio y simbólico.

A mí me resta únicamente dejarlos con él.

Héctor Balsas
Montevideo, 12 de junio de 1977